

JOHN DWIGHT

L A S P A R C A S

La venganza de las tres Parcas de la Mitología Griega, alcanza, en pleno Siglo Veinte, al hombre que por ganar diez ducados, destruyó doscientos cincuenta años antes su templo.

—Lo siento, pero no puedo acompañarle al Museo Británico. Existe una tradición en nuestra familia que nos lo impide.

Tenía un pie en el estribo del autobús, y el otro en el bordillo de la acera de Oxford Circus y me detuve para mirar boquiabierto a mi compañero.

—¿Viene usted o no?—preguntó el conductor del autobús, al mismo tiempo que hacía sonar su silbato y el autobús se ponía en marcha.

Coloqué mis dos pies en el bordillo de la acera de Oxford Circus, y me volví hacia mi compañero. En los veinticinco años que llevaba conociendo a Foster Kenmore, jamás observé en él nada que lo diferenciase de los muchachos americanos. Oírle decir que su familia poseía una tradición contraria al Museo Británico, resultaba más que asombroso.

—Muchacho, estás loco—dije, estrechando firmemente su mano derecha.—¿Quieres explicarme lo que has querido decir con eso?

Pasaron varios minutos antes de que pudiera explicármelo. Oxford Street en Oxford Circus no es una de las más fáciles de cruzar, y precisamente aquella tarde el tráfico acaparaba toda la atención de tres eficientes policías. Al fin se nos ofreció una brecha en el río de autos y coches y la atravesamos, descendiendo lentamente por Regent Street.

—¿Quieres explicarme qué has querido decir con aquello del Museo Británico?—repetí.

Por una de las pocas veces en su vida, le vi turbado.

—En realidad no es nada. Es... es... que prefiero no ir.

Le apreté con más fuerza el brazo.

—Foster, yo no soy enteramente tonto. Uno de los motivos por los cuales te traje a Europa fué para poderte exponer mis emociones sobre los mármoles Elgin y sobre la Monna Lisa, y aquí, casi en el principio del viaje, me fallas. Dentro de cinco minutos, si no nos atropella un auto, llegaremos al Piccadilly Hotel. El bar del Piccadilly, es el lugar más confortable para pasar la tarde. Y los Martinis del Piccadilly son dignos de tenerse en cuenta aun en este lugar de abundancia. Por lo tanto, Foster, tienes cinco minutos para arreglar las cosas de manera que puedas explicarme esa historia sin vacilar ni un momento.

Dicha sea la verdad, las palabras de Foster Kenmore me habían causado un hondo disgusto. Como ya he dicho me había hecho acompañar por él para que hiciera de compañero y de alumno a la vez, pues nada me agrada tanto como enseñar las maravillas de Europa a algún joven e inteligente americano. Conocía a Foster desde que nació.